

Cuestiones Pedagógicas

Conferencia

dada por

D. Julián Avellanas Coscujuela

Cura Párroco de Casbas de Huesca

en la Escuela Nacional

de la villa de El Grado,

en las organizadas por

los señores Maestros de

esta provincia, el 18 de

: : : : Julio de 1916 : : : :



TIP. DE LA VDA. DEL. PÉREZ

HUESCA • — • • • — • 1917

Questiones

Pedagógicas

Cuestiones Pedagógicas

Conferencia

dada por

D. Julián Avellanas Coscujuela

Cura Párroco de Casbas de Huesca

en la Escuela Nacional

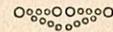
de la villa de El Grado,

en las organizadas por

los señores Maestros de

esta provincia, el 18 de

: : : : Julio de 1916 : : : :



TIP. DE LA VDA. DEL PÉREZ

HUESCA • — • • — • 1917

Proemio y dedicatoria

Ignoro de quién partió la idea de celebrar, en la importante villa de El Grado, las conferencias pedagógicas en este año, á las que asistieron, como dijo el representante mandado por *La Crónica de Zaragoza*, más de treinta Profesores, no pocas señoras Maestras, Sacerdotes y personas de ilustración de la comarca, aparte de un público numerosísimo, ávido de novedades y de renombre de su patria chica.

El resultado demostró que anduvo acertadísimo, pues aparte de otros fines, obtuvo uno importante por demás: demostrar con hechos que los principios de la más sana pedagogía informen á la juventud de esta región.

Es cierto — dijo un sabio de la antigüedad citado por el pedagogo Laugerio— que si los jóvenes salen de malas costumbres, principalísimamente debe imputarse á los formadores de la edad primera, á los que hoy llamamos Maestros de primera enseñanza, ó con nombre más pomposo pero menos exacto, Maestros nacionales.

Mas creo nadie negará que los hombres, como las semillas y como las plantas, sufren modificaciones en sus costumbres, según la zona donde viven.

No fué aquí, en su hogar, ni en su escuela primaria, sino allá en el extranjero donde, perdido el lastre de la buena educación recibida de sus padres y maestros,

nafragó el desdichado Pardina, cuyas flotantes escorias lanzó el huracán anárquico contra el malogrado Canalejas.

Por eso, entre otras causas, hubiera sido un bien publicar en un tomo los trabajos de todos los conferenciantes, que allí dejaron oír su voz autorizada como de Maestros, para que en la posteridad fuera monumento elocuente, de que si han llegado á nosotros las obras recientes de Mr. Compayré, las traducciones de D. Carlos Roumagnae y otra de la misma calaña, no los destrozos de una pedagogía infectada por todos los errores modernos.

Ya se propuso esta idea en el *Heraldo Escolar* al final del verano, pero ignoro por qué causa no se ha llevado á la práctica.

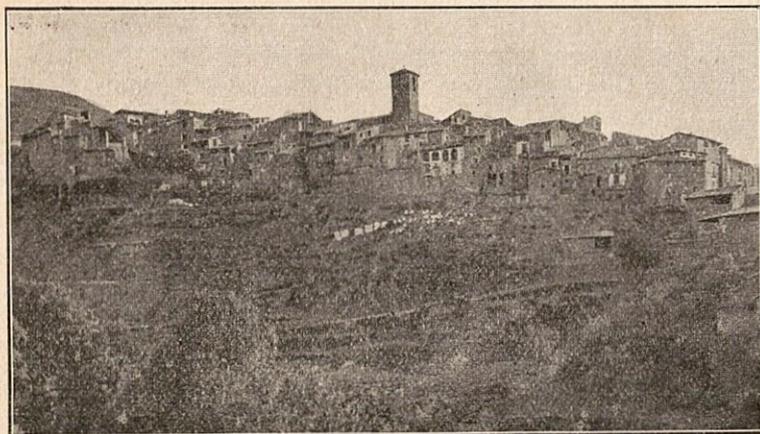
Por mi parte, habiéndome manifestado muchos señores maestros amigos, y otros amigos sacerdotes, y hasta personas para mí de alto respeto el deseo de leer el trabajo que allí desarrollé, no he podido hacer más para complacerles, que darlo por mi cuenta á la imprenta y dedicarlo á los mentores de la niñez como débil y fría demostración del ardiente cariño que les profeso. Sé que no tiene importancia, pero gustó, la desean y debo complacerles.

Se dará por muy cumplido y satisfecho, si se dignan aceptarlo, el último de sus amigos,

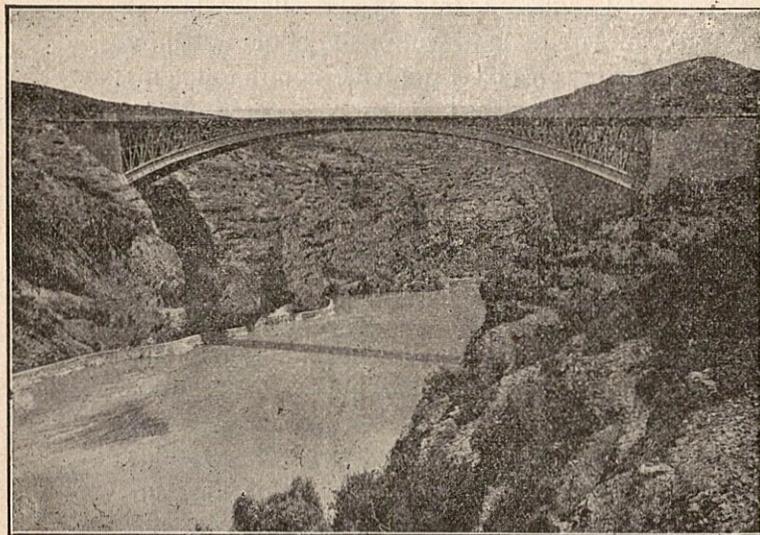
J. Avellanar.

Casbas de Huesca 2 Febrero del 1917.

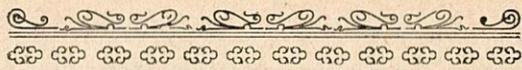
(Fiesta de la Presentación del Niño en el Templo.)



EL GRADO.—Vista de la población.



Famoso puente sobre el Cinca al pie de la villa.



Respetables Autoridades

provinciales y locales

Señoras y Señores:

Gratisima satisfacción experimenta mi alma al verme en este lugar, célebre mil veces, por muy distintos motivos.

La villa de *Grados* es la villa de la nobleza y de la bravura, la villa del trabajo y de la constancia roqueña, contra todos los embates de los tiempos, en el pesado rodar de sus siglos.

Desde los iberos que aquí debieron tener una colonia importantísima, dada la feracidad de esta llanura, hasta la dominación de la Osca, capital de toda la Celtiberia, los choques al cruzar del Cinca, aquí fueron terribles, tiñendo en sangre sus aguas azulinas, como puede verse en los historiadores romanos.

La invasión de los bárbaros y de los árabes, las luchas entre los califas de Córdoba y los Esmires de Zaragoza, y los empujes violentos de los cristianos, ensangrentaron estas rocas; porque el castillo de

Grados era la llave de todo el antiguo reino de Sobrarbe.

Clavado el estandarte de la Cruz en las almenas de este castillo, por encima de los cadáveres, los moros hicieron tremolar en el mismo lugar el de la media luna: y arrancado éste y empujados como cantos calizos por la furiosa avenida de los cristianos de las montañas, el castillo de Grados vió otra vez en su cima la bandera de Sobrarbe, que no quedó fija en él y sin peligros hasta la famosa batalla de los campos de Alcoraz en 1096.

Por eso yo, conocedor de todo esto, al pisar estas calles empapadas tantas veces por la sangre de héroes de uno y otro bando, de una y otra raza, de una y otra época, de una y otra fe, no puedo menos de inclinar mi frente y saludaros á vosotros, hijos y habitores de esta memorable villa, con el más profundo respeto.

Vaya también mi saludo cariñoso á la multitud aquí congregada, que ha venido á ver cómo miden sus armas estos nuevos paladines de las luchas populares. Yo no tenía el honor de conocerles, como muchos de vosotros, ni sé sus nombres, pero conozco sus escudos.

Trae uno muy alto el de la bulliciosa y nobilísima villa de Graus; el otro empuña el estandarte de las vituallas, del castillo almacén, que eso quiere decir la voz árabe, Albalatillo.

Presenta otro el confalón de *Ripacurcia*, donde se lee *Bhen-a-barre, monte entre*

llanos, y mucho se semeja á un monte quien lo tremola. Otro viene orleado de abrojos: es el de Alberuela de Laliena, *tierra de abrojos*, donde no pocos ha debido de arrancar; y por último, entre todos domina el U. V. O.: Urs Victris Osca; la expresión del talento y de la gallardía.

Ante todos ellos yo no puedo menos de descubrirme siempre con respeto; y en esta ocasión, de saludarles con lágrimas en los ojos y decirles: Bien venidos, hijos ilustres de la patria mía; vosotros sois lo más útil, lo más noble, lo más grande, que tiene una nación; vosotros sois la encarnación misma de la nacionalidad; vosotros sois, para decirlo con una frase que lo abarca todo, vosotros sois los Maestros.

¡Los Maestros! ¿Nos hemos parado á reflexionar un momento siquiera lo que es un maestro de niños? ¡Ah! No: la humildad de su profesión es como la negra cubierta de un estuche donde se oculta un diamante: profundizad, abrid, escudriñad, y admirad de lo que han descubierto vuestros ojos; y para mejor entenderlo, dejadme valer de un simil.

La sociedad es un gran campo; pero un campo estéril, como todos, si no se cultiva. Ellos los que aran, ellos los que siembran, ellos los que riegan, ellos los que vivifica con la luz y el calor que comunica un corazón grande, este gran campo de la sociedad: suprimid el maestro y habremos vuelto á la barbarie. En nada se diferencia el hombre del animal, á no ser por la inte-

ligencia, y ¿quién labra á golpes de paciencia (es diamante sin pulir) la razón del niño si no es el maestro? Qué serían los hombres que hoy dirigen la sociedad si no hubieran sido iniciados, desenvueltos de sus ataduras por el calor paternal del maestro, como la gallina da alas á sus huevos? Estarían en su cascarón, no volarían por ese mundo dejando como estrellas fugaces tras sí, ráfagas de luz y de cultura. ¡Al maestro lo deben todo!

Miguel Angel no supo hacer hablar al marmóreo Moisés. Ni Goya dió vida á los ojos de sus primorosas pinturas. Todos los artistas son nada á vuestro lado. Vuestra dignidad, vuestra importancia y consideración social, están por encima de los generales más ilustres, Alejandro, César, Napoleón, Guillermo, porque su grandeza está en la destrucción; la vuestra, en construir hombres. Sois más que los Reyes; porque ellos dirigen los pueblos, y mal se puede dirigir al que no está instruído. Llegáis á la dignidad de los Sacerdotes, porque con ellos compartís la altísima misión de fecundizar las inteligencias y salvar, no lo más noble que el hombre tiene, esto es, el alma, sino á todo el hombre, librándole de los estragos de los vicios en lo terrenal, y de las hediondas llagas de la ignorancia supina en lo intelectual. Lleváis las almas á su fin, á su centro, que no puede ser otro que la posesión de la verdad, de la bondad y de la belleza infinita: esto es Dios.

Seréis para esta sociedad metalizada

hombres de 1.000 pesetas ó 2.000 por pieza, como engranajes de esta máquina social, pero para los hombres de luces sois más que todo: nos descubrimos ante vosotros; os amamos con todo nuestro corazón y tenemos un altar en el fondo de nuestra alma, para dar culto á nuestros maestros y á la clase nobilísima á que Dios os llamó por medio de vuestra vocación pedagógica.

Dejad, dejad que pase un poco de tiempo: si Dios da premio por un vaso de agua fría, cuando el frío de la muerte cierre vuestros ojos, los abriréis para contemplar cara á cara la luz de toda luz, el dador de todo bien, el protector hasta morir de la niñez y de sus directores.

Trabajad con tesón puesta la mirada arriba, mientras abajo os gozaremos siempre viviendo á vuestro lado. — Por eso esta villa está hoy orgullosa al tener tan ilustres huéspedes, y yo en su nombre os doy las gracias, por haberos dignado concurrir al llamamiento de nuestro sincero amigo don Sebastián Mas. A él también daría las gracias, y no se las doy, ni se las debo dar, por una razón sencillísima. — Se las debo y rendidísimas por haber tenido la atención inmerecida de invitarme, haciendo pasara hoy uno de los días más felices de mi vida, viéndome en medio de todos vosotros, señores; y no se las debo ni se las puedo dar, por haberme metido en un verdadero laberinto.

En medio de esta Junta de sabios peda-

gogos qué he de hacer yo, si no es el ridículo, si me lanzo á la arena y accedo á plantear una cuestión pedagógica? Si fuera un asunto de teología ó de algo relacionado con mi carrera podría pasar, pero en campo desconocido, si pretendo dar un paso, será como el ciego: llevando las manos siempre delante y siempre en peligro de rodar á vuestros pies. — De todos modos, del laberinto hay que intentar salir; contando con vuestra nunca desmentida benevolencia, considerando que solo por complaceros me arriesgó á esta empresa, allá va mi cartel, que en alto dice mi intento.

¡EDUCACIÓN MORAL Y AGRÍCOLA!

La educación moral y agrícola en las Escuelas primarias.—Necesidad imperiosa de ambas orientaciones para el bien social.

No entro, señores, en las divisiones y subdivisiones de la educación, y voy con definiciones escolásticas á molestar á vosotros los maestros, para hacer pinitos de erudición pedagógica que no poseo, y sería impropia de este lugar. Quede el tono y método didáctico para la cátedra, y venga aquí únicamente lo propio de esta Asamblea.

No ignoráis, señores, que en la Pedagogía, como en la Historia, pueden y deben establecerse dos épocas distintas; y no solo distintas sino opuestas, y no solo opuestas sino enemigas irreconciliables, y no solo

enemigas irreconciliables sino que la una encarna la negación, la destrucción y el aniquilamiento de la otra. Podríamos llamar á la primera la época antigua, y á la otra la Pedagogía moderna. La escuela antigua tuvo siempre un mismo basamento, la idea de Dios; la escuela moderna (no hablo de la de Ferrer) la escuela actual, según el entender de muchos, debe prescindir en absoluto de tal idea.

Las orientaciones que, según sea el criterio dominante, han de imprimirse en la escuela á la educación moral, resultarán distintas, opuestas entre sí, y las generaciones en ella formadas lucharán henchidas de odio por el atropello ó por el predominio de su ideal.

La cosa, pues, es enjundiosa, es honda, es de las llamadas á producir torrentes de sangre á plazo no lejano, si no es esa ya la causa de la humeante catarata que hace dos años se precipita sobre la pobre y envejecida Europa, llevando como río de fuego la muerte á cuanto toca, y entregando doce millones de hombres al pasto de los gusanos.

La Pedagogía, pues, tiene que seguir uno de dos rumbos: el deísta ó el ateo. Cree y confiesa y ama á Dios ó niega, reniega y odia como existente eso mismo que de palabra niega. La escuela indiferente, la escuela neutra es una mentira, es una quimera, es el colmo de la estupidez: ¡¡lo dice Viviani!! ¿Existe al final del camino de la vida un precipicio en que podemos

hundirnos para ser desgraciados por toda una eternidad, ó hay al final de ese camino un puente por donde pasar la sima y ser después felices con una felicidad sempiterna? Si alguno dice que esto le es indiferente, con amargura tendré que decirle yo, que ese tal es un estúpido, no un hombre que sabe raciocinar, y ha perdido hasta el instinto de conservación, que las bestias no han perdido. Pero dejemos esto á un lado, y vayamos á la

DEMOSTRACIÓN FILOSÓFICA

Si educar no es otra cosa que desarrollar todos los gérmenes de vida que la naturaleza ha depositado en el niño, la educación moral no puede ser otra que perfeccionar todas las facultades, para que las buenas acciones adquieran el vigor necesario, á fin de hacer del niño un hombre perfecto. Esto es, axiomático: admitido por todos.

Pero la educación sin Dios es la mutilación, el destrozo del entendimiento humano.

El hombre, por el principio filosófico de la casualidad, explica todos los fenómenos de la vida, porque sabe no puede existir un efecto sin causa productora. Conoce determinadas leyes por la ciencia; pero ¿quién es el autor de dichas leyes? No existe autor ninguno: el orden impera en el universo desde la afinidad que concentra los elementos conque vive una humilde planta, tomando por sus estomas las sustancias que nece-

Isita, hasta los de la atracción universal, por a que giran los cuerpos en sus órbitas inconmensurables.

Cómo es posible que existiendo el orden en todo, que la razón palpa, no exista un ordenador, un autor consciente y que no sea todo obra de la pura casualidad?

La inteligencia humana que de escala en escala sube hasta lo más recóndito de los cielos, ha de ser la única que no tenga la satisfacción de no ser víctima de una ilusión constante? Ha de estar condenada á ir tras una inteligencia creadora, á buscar una cosa que no existe, á perseguir una quimera, á ser como el sediento, que atraviesa los desiertos en busca de aguas cristalinas, que sus ojos le representan, y que se alejan esos purísimos lagos tanto cuanto avanza, en virtud de ese fenómeno llamado espejismo?

Si, pues, no hay una verdad infinita, todo en este mundo es mentira, todo ficción, todo un caos insondable.

La razón es un absurdo perenne, no hay comunidad de ideas, cuyo conjunto forman las verdades ideales; y las verdades ideales entrañan necesidad, cuya necesidad se apoya en el principio de contradicción. Pero al romper el círculo de la idealogía pura y entrar en el campo de las realidades, Dios es la única realidad absolutamente necesaria, porque si no es necesaria ha podido no existir: ha existido la nada y de la nada, nada sale, según el axioma: «*Ex nihillo nihil fit*».

Si, pues, no hay una verdad real absolutamente necesaria, el enlace íntimo que vemos entre las verdades ideales es una mentira, es una ilusión, es un absurdo.

Por eso la inteligencia, por más que se la oprima, por más que se la dilate, por más que se la desoriente, no está tranquila: obedece á una ley como la brújula, y ésta va oscilando mientras no encuentra su objeto formal; el centro de verdad inagotable, inmenso, infinito: á quien llamamos Dios.

No menos defraudada queda la voluntad suprimida, la idea de Dios.

La voluntad es la facultad de querer; querer es amar; amar es poseer; poseer es compenetrar; compenetrar es gozar, y gozar es la fruición del bien en su último radio: lo infinito. Si, pues, no existe el bien, tampoco el mal; no hay ni puede haber acciones buenas y malas, y cae por la base todo el edificio moral, no solo de la moral católica, sino de la llamada moral universal. Todo, por tanto, es lícito; todo honesto, todo factible, sin responsabilidad ninguna, porque no existiendo ley que domine la soberanía de la razón y de la voluntad, no hay violación, no hay ni puede haber sanción, y el mayor de los criminales es el juez que impone una pena.

A dónde vamos á parar por deducciones lógicas si no hay, si no puede haber moralidad en las acciones humanas?

Al panteísmo, al sensualismo, á la anarquía en todos los órdenes de la vida.

Ya lo véis, señores, examinada la cuestión en el puro terreno filosófico, la educación moral es necesaria tanto al individuo como á la sociedad, y la supresión en la escuela de la idea de Dios y cuanto con ella se relacione, el mayor crimen que puede el hombre cometer.

Tras de esta prueba que podría llamarse de razón acredita más la necesidad de no prescindir de la educación moral, otra prueba que podríamos llamar irrefutable; la prueba más contundente; el hecho contra el cual en ningún tribunal sirven los argumentos.

DEMOSTRACIÓN EXPERIMENTAL

La prueba experimental está hecha, y de ella se deduce que á toda máquina hay que retroceder, si no queremos que la sociedad se precipite en el abismo, á donde va con frenético delirio.

La revolución francesa, madre fecunda de todas las revoluciones contemporáneas, no fué otra cosa que el estallido de la mina durante mucho tiempo preparada. El mal venía de más hondo: la lucha en el terreno de las ideas había empezado con el protestantismo, y los sedimentos pútridos de una lectura voluptuosa y hasta hedionda, la negación de todo principio de autoridad sujetándolo todo al libre examen, y por tanto á la razón individual, no habiendo más verdades que las que cada cual quisiera admitir, para terminar no

admitiendo ninguna, por ser un óbice al desenfreno de las pasiones, la falta de fe práctica en la grandeza, la despiadada ambición de los capitalistas, el odio y la miseria de los *sanculotts*, todo esto dió por resultado saltara el tapón del odio, y éste, como río de fuego que á borbotones se lanza por el cráter incandescente, asolara á Francia primero, y á las demás naciones después.

Proclamando el culto de la Diosa Razón, arrastrados por el torrente impetuoso, no sólo el Rey, sino sus verdugos, Marat, Danton y Robespierre, después de hechos que envilecen á una nación, el cónsul quiso restablecer de algún modo la enseñanza cristiana, dictando leyes menos odiosas contra la misión educativa de la Iglesia, para borrar en lo posible la negra mancha del zapatero Simón, encargado de educar, mejor de desmoralizar, al hijo del rey de Francia.

Rousseau (1760) y Volter habían preparado el camino; pero al ser proclamada la segunda República, Proudhon proclamó también con toda la brutalidad del más cínico y abominable de los hombres, que debía de condenarse la enseñanza religiosa, la educación moral del padre de familia, del sacerdote y del maestro; firmes en este propósito los hombres de estado, desde el año 48 han hecho lo posible por proscribir esta educación; veamos los resultados.

En 1904 decía una importante Revista

pedagógica francesa: Hoy somos 30.000 educadores socialistas; cuando hayan pasado á la reserva (á la jubilación diríamos nosotros) esos laicizados (los maestros viejos de menos arrestos impíos) seremos 80.000 educadores. ¡Era la saturación completa de la impiedad escolar!

Fruto? está patente. Según la *Revista práctica de Apologética* del 15 de Noviembre de 1905, de 20.000 malhechores condenados en París, 16.000 eran menores de edad; y el Juez de instrucción de París no tuvo inconveniente en afirmar que, el aumento aterrador de la criminalidad, era debido á los cambios de la organización educativa en las escuelas públicas. En este último decenio la criminalidad infantil es horripilante, y ya reconocen muchos revolucionarios ateos que es urgente volver á la educación moral, si no se quiere ver agonizar la Francia actual, la Francia republicana y antilevítica.

¿Habrán hecho por lo menos de la Francia atea una Francia culta, siquiera con una cultura pagana, instrucción perjudicial porque el hombre instruído pero sin base moral es más fiera que las de las selvas? Ni esto siquiera.

Mr. Brian confiesa que las escuelas estaban desiertas: en 1882 eran el 14 por 100 los analfabetos; el 1900 el 30, en el 1908 el 40 por 100 próximamente. En cambio Alemania donde la escuela confesional es obligatoria, solo tiene el 12 por 100 de analfabetos; y pruebas de su instrucción

las están dando en estos días y, si la escuela como se dice venció en *Sedán*, la escuela vencerá en Verdún ó en San Quintín, y no los castillos que le circundan.

Dejo de examinar la cuestión bajo el punto de vista económico, que es aterrador (1), porque abuso de vuestra paciencia, y tomo al momento la

ORIENTACIÓN AGRÍCOLA

*
* *

Al empezar esta parte de mi trabajo no puedo menos de repetiros lo que hace pocos días dijo Lord Selborne: «Los nabos son tan necesarios como los proyectiles para ganar la guerra». La educación agrícola popular es una de las claves del problema agrícola—ha dicho Mr. Méline—y el problema agrícola se agudiza por momentos debido al absentismo y á la emigración.

200.000 hombres, procedentes en su

(1) Francia era ya antes de hoy la nación más empeñada del mundo, y no ha sido pequeña causa lo gastado en Instrucción (mejor destrucción) pública: pasaban de 1.400 millones los intereses de sus deudas en 1907.

No le va España muy á la zaga. Las obligaciones de Primera enseñanza importaron el año pasado 1915, la suma de 31.234.000 pesetas.

Elevadas todas las escuelas hoy á 1.000 pesetas como *mínimum*, el aumento será de gran cuantía, acercándose á 40.000.000 de pesetas, que yo doy por muy bien empleados. Todo el clero parroquial se paga con 8 millones, cobrando á 0'32 pesetas por ciento de lo que le quitaron los flamantes pedagogos del pasado siglo.

mayoría de los pueblos y de los campos, han ido á las Pampas, y á otras regiones americanas, en busca de un trozo de pan. ¿Es que en España no hay terrenos labrables para sostener la densidad de su población? Con igual territorio mantiene Francia dobles habitantes, y Alemania, en estos días, nos da la muestra de lo que puede la producción agrícola en una nación instruída. El bloqueo á que se les ha sujetado es inútil; produce lo suficiente y no morirán por hambre.

¿Qué falta, pues, en España? Educación agrícola y sólo educación agrícola: los niños son lo que son sus padres: unos rutinarios y hasta refractarios ellos á todo progreso. En España la educación agrícola ha de entrar por los ojos.

Por eso los campos de demostración confiados al maestro por la Ley, serían un gran bien: pero en España nos cuidamos más de legislar que de cumplir.

¿Por qué cada escuela no había de tener su campo, y no pequeño, donde el maestro en silencio diera lecciones prácticas de agricultura á los hombres, y de viva voz á los niños?

Se dirá que los maestros no son ingenieros agronómicos; enhorabuena: pero en las Normales se forman los hombres y en vez de estudiar música, pintura, física y derecho, lo derecho fuera enseñarles algo más práctico, para que fuesen en su escuela la lumbrera del progreso agrícola y pecuario. ¿Para qué el niño ha de saber extraer raíces

si no siente interés por extraer las de su campo que arruinan sus cosechas? Menos teoría, más práctica, sobre todo en la escuela rural, pues para el campo deben prepararse, y no para cálculo mercantil, los hijos del jornalero.

Ya el Congreso internacional de Agricultura, al que tuve el honor de asistir, entre sus conclusiones, la 13, acordó: «Que el maestro rural procure desarrollar en los niños el gusto por los oficios del campo. Lo principal es enseñar á los niños el *por qué* de las operaciones agrícolas».

Tengamos por cierto é indubitable aquello que dijo Malconeti: «Enseñar á los labriegos el modo de alcanzar mayor bienestar y desahogo constituye uno de nuestros principales deberes».

La crisis más profunda que han contemplado y que verán los siglos es la de estos momentos históricos. La guerra europea, cuyo fin está inmediato y cuya finalidad no parece otra que la destrucción de la humanidad y el triunfo en el mercado mundial, tiene, á no dudarlo, una misión divina, como la tuvo Atila y sus bárbaros del Norte, para purificar esta sociedad alejada de Dios y del campo.

Cuando escuchamos horripilados el chasquido del rayo que en llamarada vivísima corta los cielos y cae á nuestros pies, y uno tras otro el retumbar del trueno nos deja ensordecidos y atolondrados, no creemos que haya sido obra de un momento.

Montones de nubes, acumuladas por los

vientos en lo alto de la lejana sierra, han ennegrecido el horizonte, entablándose una lucha entre la luz y las tinieblas, entre los blancos y levantados nimbos y los negros y bajos cúmulos; las corrientes son contrarias, la velocidad máxima, el estallido forzosamente ha de sobrevenir; y los rayos que lanza de su seno, durarán mientras la atmósfera no quede diáfana como un cristal.

Así la guerra de las naciones: se ha ido preparando poco á poco, merced á las nubes levantadas por la enseñanza dada en las escuelas primarias: el duelo entre la escuela atea y la escuela cristiana es á muerte; el duelo entre la escuela del orden y el de la anarquía es á muerte; el duelo entre la escuela de la moralidad y de la desmoralización es á muerte; la muerte de una es inevitable, y una de las dos en estos momentos se desploma, en medio de una catástrofe inaudita, inconcebible, inmensurable.

Quién triunfará? Esto queda á los altos designios del Altísimo. Lo que sí puede asegurarse, que los hombres más descreídos, al ver la destroza de esta falsa cultura, la insubordinación latente en los ejércitos, la muerte y la miseria extendiendo sus alas en todas direcciones, murmuran allá en el fondo de su alma: ¡volvamos á Dios! Ya no hay metralla: y dos masas de carne, como dos trenes á toda marcha, se estrellan una contra otra.

Están dándose los últimos golpes con un

furor satánico, y rendida la mano ya no hay fuerza sino para levantar una bandera blanca y dar el último grito diciendo de uno á otro frente: ¡queremos la paz! ¡hágase la paz! ¡gloria al vencedor!

Quién es el vencedor? No se llama ni Guillermo, ni Francisco José, ni Jorge, ni Víctor Manuel; no es Briand, ni ninguno de los que suenan en la prensa; su figura es más grande, más noble: majestuosa: la última expresión de la belleza.

Queréis que yo tal como la contemplo os la muestre? mirad la escena: Allá en el último crepúsculo de la tarde, cuando la tibia luz del Poniente no puede contener el avance silencioso de la noche humedecida, que desde Poniente va extendiendo como una azul cortina iluminada por millares de focos, el manto vaporoso en que dormirá unas horas; se escucha el clarín de guerra; la voz metálica del cuartel general: ¿qué pasa? ha recibido el mensaje de la paz y da la orden de: alto el fuego.— De trincheras á trincheras corren los ecos en alas de los vientos, y en pocos minutos, centenares de kilómetros de frente ensangrentado, quedan en silencio: enmudecen los cañones potentísimos, y se abren los labios dejando escapar este grito: ¡Bendito sea Dios! mientras los ángeles de los reinos de las cinco partes de la tierra, seguidos de multitud de espíritus celestes, repiten como en Belén: ¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Sentado sobre una nube de vivísima luz arbolada, aparece el Príncipe de la Paz, aquel que enseñó á los hombres el camino del cielo con su ejemplo y su doctrina: el Maestro, circundado de millares de varones á su izquierda, de millares de mujeres á su diestra. ¿No les conocéis? Todos, envueltos en sus amplias y bermeladas túnicas, ostentan la misma diadema, llevan los mismos trofeos: un puntero de marfil en su izquierda, una pluma engarzada de diamantes en su derecha. ¿No les conocéis?

A modo de una extensa gradería de escuela de párvulos, cuyos confines se pierden en el horizonte, están también sentados sobre cirros de coral. ¿No les conocéis? ¡Ah! Son nuestros padres! son, son los *magistri pucrorum*: son los millares de maestros y maestras de la niñez, que después de mil sacrificios, ganaron en la escuela la corona de su triunfo eternal.

Un ruido semejante al rodar de miles de carros, marchando presurosos al combate, se escucha en lo alto de los Cielos: ¿Qué sucede? Son las voces de los millares de millares que, puestos de pie sobre la gradería, é inclinada su frente al Maestro, gritan á coro: ¡Tú eres, Señor, el camino, la verdad y la vida! ¡Tú la Inteligencia creadora! ¡Del mundo la luz, Tú eres!

A esta voz, una claridad que tiene todos los rosicleres de la mañana, los ardores del zénit y las púrpuras de la tarde, desciende del trono del Maestro, cual vaporoso torrente, hasta la tierra, é ilumina con

tonos inefables los tenebrosos campos de batalla.

Presas de profundo respeto, los ejércitos y sus Reyes envainan sus pegajosas espadas y, cruzados los brazos sobre el tumen-te pecho, é inclinada la frente sudorosa, exclaman: ¡Sin Tí, no podemos nada! Mientras los otros, postrados como niños, alzan las manos al Cielo y repiten á coro aquella hermosa plegaria que en sus años infantiles cerraba sus tareas escolares:

¡Os damos gracias, Señor, | porque nos habéis asistido | con vuestras luces, | y os suplicamos | que continúeis | dándonos | vuestro divino socorro, | á fin de que | las victorias | que hemos obtenido | nos sirvan | para nuestro provecho | espiritual | y temporal, | lo que os pedimos, | por Jesucristo | nuestro Maestro | (Y el pueblo y los señores Maestros, que sin darse cuenta se habían puesto de pie y coreaban los emistiquios de la oración de salida en el tono de sus niños, gritaron sin poderlo evitar) ¡Amén!

